

el sucesor de Stalin sobre el papel, un hombre falto de carácter e incapaz de estar a la altura de las intrigas que se tejen a su alrededor; un ambicioso Beria que se le muestra como un torturador nato, un hipócrita contumaz y un ser, en suma, sin escrúpulos, que enseguida pone en marcha a la policía secreta para controlar Moscú y, por supuesto, un Nikita Kruchev que es el único que tiene claro que en la URSS han de cambiar las cosas y acabar con la represión, las listas negras y los Gulag. Sin olvidarnos de un Zukhov, encarnado como un hombre duro y directo, que no se anda con medias tintas y con el pecho engolado lleno de medallas, que no duda en ponerse del lado de Kruchev.

Cada situación que crea el director, también guionista, y el acierto en la elección de los actores para encarnar a cada personaje, destila una mezcla de histrionismo y de acidez que desvela, por supuesto, una URSS con unos dirigentes patéticos que intentaron tomar las riendas del poder soviético como niños que se pelean en el patio del colegio. Aunque nunca sin perder de vista la terrible verdad de la represión y el temible control social del NKVD. De hecho, con sorna, los ministros de Stalin no saben, incluso, a quién llamar para que atienda a su líder porque la mayoría de los médicos reputados han sido represaliados. Y los pobres que traen para atenderlo son los que quedan, viejos, muy jóvenes o con expresión de idiotas.

También la presencia de los hijos de Stalin, como su hijo Vasili, alcohólico, y su hija, quienes quedan rehenes de la situación, completan un cuadro de personajes desconcertados por lo sucedido. Si bien, a pesar de todos los horrores, es verdad que Stalin, en su mesianismo, fue considerado un padre y su pérdida fue muy dolorosa para millones de soviéticos que fueron a rendirle pleitesía en su funeral, lo que condujo, en la triste paradoja, a que algunos acabaran muertos por las fuerzas de Beria que quiso cerrar el centro de Moscú.

Con todos estos ingredientes, entre sórdidos, crueles, irónicos y amargos, Iannucci es capaz de construir un largometraje mordaz, diligentemente audaz y fresco, que encarna muy bien la capacidad que tiene el cine de golpear con dureza las visiones idealistas y falsas de la historia, como la que Putin pretende constituir de

Stalin. No es de extrañar que el Gobierno ruso no haya visto con buenos ojos el tratamiento de una época y de un personaje que se aleja mucho de esa aureola mitificada que se ha hecho de él, como gran vencedor de la Gran Guerra Patria. Stalin, tal y como le describen sus biógrafos, fue un hombre paranoico, frío y obsesivo, nadie amasó jamás, desde los zares, tanto poder, pero acabó miserablemente, en un charco entre sus propios orines, en el suelo, como un ser humano corriente, rodeado de una Corte aterrorizada incapaz de saber qué hacer con él, sin tan siquiera comprobar si estaba vivo o muerto. Como un mal chiste, así fue la muerte del dictador y el fin de su gobierno.

***El hombre de las mil caras.* Alberto Rodríguez; España, 2016.**

Teresa Nogueroles  
(Université Paris Nanterre)

*El hombre de las mil caras*<sup>2</sup> comienza con un plano secuencia de cielo azul sobre el que se suscribe la frase con letras blancas “Esta película es una ficción inspirada en personajes y hechos reales”, lo que nos pone en preaviso del juego que se crea entre ficción y realidad sin que sepamos dónde comienza una y termina la otra. Este thriller basado en un ensayo periodístico de Manuel Cerdán, nos habla a través del “caso Roldán” ocurrido realmente en la democracia de los años 90, del ex agente secreto español Francisco Paesa. A su vez, a través de este mismo y de todos los personajes que se construyen su alrededor, el film ahonda en algo mucho más importante: la corrupción en las instituciones públicas españolas.

El director Alberto Rodríguez ya demostró su maestría a la hora de retratar la realidad española dentro de la ficción en trabajos anteriores como “Grupo 7” (2012) con la Exposición Universal en Sevilla de 1992 o “la Isla mínima”

<sup>2</sup> Ficha técnica: España, 2016. Título original: El hombre de las mil caras. Director: Alberto Rodríguez. Guión: Alberto Rodríguez y Rafael Cobos. Música: Julio de la Rosa. Fotografía: Alex Catalán Producción: Zeta Cinema/ Atres Media Cine/ Atípica Films /Sacromonte. Reparto: Eduard Fernández, José Coronado, Carlos Santos, Marta Etura, Emilio Gutiérrez Caba, Luis Callejo, Tomás del Estal, Israel Elejalde, Pedro Casablanc Duración: 123 min.

(2014) en las marismas del Guadalquivir en los albores de la democracia. En esta película Rodríguez ha desplazado el marco geográfico de sus anteriores proyectos a un escenario que recorre varios lugares del globo y que además de tratar una época de la España contemporánea, opta por un tema de fondo actual: la corrupción.

“El caso Roldán” acaecido en la España socialista de los GAL daba nombre a la fuga del ex director de la guardia civil Luis Roldán, prófugo ladrón de fondos sustraídos al erario público. De una magnitud mediática desbordante, fue tal la cantidad ingente de información en torno a este suceso que era prácticamente imposible distinguir entre el ruido mediático y los datos constatables. Esto es algo que se deja ver en la película a través de diferentes recursos como la voz que nos dice: “es una historia real, como todas las historias reales contiene algunas mentiras”. Para recalcar el punto de veracidad podemos ver a lo largo del film como se introducen imágenes de telediario.

El film nos cuenta de manera libre la historia real de Francisco Paesa (Eduard Fernández), ex agente secreto del gobierno español y responsable de la operación contra ETA más importante de la historia, traicionado por el gobierno y arruinado, el cual recibe la visita de Luis Roldán (Carlos Santos), ex Director General de la Guardia Civil, y de su mujer Nieves Fernández Puerto (Marta Etura). El matrimonio le ofrece un millón de dólares si les ayuda a escapar de la justicia y a salvar 1.500 millones de pesetas sustraídos de las arcas públicas. Paesa acepta la oferta con la colaboración de su gran amigo, el piloto Jesús Camoes (José Coronado). Éste último será guía fundamental de la historia y la voz en off que narra toda la compleja trama a través de sus recuerdos y que nos ayuda a saber un poco más del “James Bond” español, Paesa, aunque se demuestre que tampoco él mismo lo conocía. Y es que si hay algo que el film no deja lugar a dudas es que el ex agente secreto es un gran ilusionista que sabe cómo distraer a la audiencia para poder realizar el truco de magia sin que la misma se dé cuenta, o por lo menos hasta que él quiera. Ejemplo de ello es la creencia popular y mediática de que el fugitivo Roldán había estado en los cinco continentes del plane-

ta cuando realidad no había salido de París, Francia.

La película es una constante crítica a la corrupción y a la política española y muestra a lo largo de la misma como los personajes se justifican en un sistema podrido: Cuando Paesa le pregunta a Roldán si la información que va a salir sobre él es cierta o no la mujer de éste, Nieves Fernández Puerto le responde “Estamos en España, ¿cambia eso algo?”; de manera más lapidaria si cabe es inevitable que citemos la terrible confesión de Roldán cuando totalmente derrumbado por el ostracismo social y la mofa pública a la que se ve condenado se escuda en la frase “yo sólo hacía lo que todo el mundo”, refiriéndose a robar dinero público. En realidad, esta es una película sobre timadores y tramosos, donde la huída de Roldán es en cierto modo usada como pista para retratar a Paesa como el mayor manipulador de todos. Al igual que el resto de personajes, Paesa vive para su propio beneficio y también se escuda en que el dinero es el país de muchos. De hecho, éste pacta 300 millones de euros (extraídos de los fondos públicos) y el olvido de sus causas pendientes a cambio de la entrega de Roldán con el ministro del Interior Belloch. A su vez, el ministro se vale de este mérito para así tener más posibilidades en su ambición por llegar a la presidencia. Cuando se le pregunta en una rueda de prensa si Paesa ha tenido algo que ver con la detención de Roldán, este responde “el gobierno de España no ha pactado nunca, nunca pacta”. Finalmente, toda la versión del gobierno español se desploma como un castillo de naipes debido a un golpe maestro de Francisco Paesa. Como bien nos indica el narrador del relato el piloto Jesús Camoes al principio de la película, esta “es la historia de un mentiroso, la historia de un hombre que engaño a todo un país”.

Si bien es una película de traiciones, no se desarrolla en una atmósfera oscura como en producciones anteriores de este director, sino más bien tragicómica. Trata una temática negra que consigue adquirir en ocasiones tonos de claros oscuros en el momento en que se abren las grietas del humor, pero sin risas. De manera totalmente acertada se utiliza el recurso “voz en off”, sin el cual sería imposible seguir un relato con tal cantidad de información. Cierro es que en ocasiones los giros temporales son un

tanto bruscos, así como los flashbacks que pueden dar lugar a confusión, aunque en realidad si lo pensamos la propia película trata de esto, del engaño. Esta ficción, denuncia de la corrupción, es una ventana a una época pasada que conforme avanza en su narración se transforma en espejo del presente que nos obliga a mirar cuál ha sido y es la política española.